

Nemesio Antúnez

"¿A QUE LLAMAS SER BOHEMIO?"

por Paula Escobar

"Porque yo no soy bohemio. He sido un solitario como pintor". Y muy fructífero. Más de mil óleos y 200 grabados han salido de su taller en los últimos cuarenta años. Ahora, 160 de esos grabados están colgados en la galería Praxis, en una exposición retrospectiva de esta técnica "que es la más democrática de las formas artísticas. Tiene mucha magia y el resultado final siempre es una sorpresa".

Encantador este Nemesio. Su pelo blanco, su altura, sus cejas bien llenas. Mira fijo y de inmediato sonrío. "Es que soy muy sociable", dice. Y comienza a hablar de lo que uno le pida. Su infancia de bicicletas y playas, veraneos largos, volantines. Su juventud que comienza en un barco de carga rumbo a Europa, con un pasaje ganado en una academia literaria. Sus estudios de arquitectura, su ida a Nueva York, "que me permitió ser pintor. Porque si me hubiera quedado aquí, arquitecto joven, con relaciones sociales, hubiera sido muy difícil. Habría sido un arquitecto que pinta los fines de semana". Tantas anécdotas, golpes, emociones que le han pasado en 71 años de vida a este artista de imágenes sutiles y elocuentes, de palabras directas y de mirada transparente.

La conversación fue en su taller, una pieza grande y de techo alto, con olor a trementina, donde conviven muchos libros con seis cuadros a medio terminar, sus pinceles y sus óleos. Hablamos mucho y en una tarde fría. Poco a poco la luz se fue acabando. Los cuadros se veían menos, distintos, otros. Un tragaluz dejaba entrar un haz y bajo él estaba Nemesio, con su pelo blanco y su risa grande, sentado en una silla alta y con el respaldo al revés, respondiendo preguntas hasta que oscureció casi por completo.

-Volvamos a su infancia. Usted tiene dos hermanos más que son artistas. El pintor Enrique Zañartu y el

escultor Jaime Antúnez. ¿Compartían esa inquietud cuando niños?

-Cuando yo me fui, Enrique Zañartu, mi hermano, comenzó a pintar. Pero no había una hermandad muy grande. Yo era el mayor, luego venía mi hermana, y luego los dos niños. Y cuando tú tienes quince, uno de doce es mucho menor... y además en nuestra casa nos mantenían separados, no había la idea de la familia como conjunto en cuanto a los niños. Cada uno tenía sus amigos y los recibía en la casa, salía con ellos, pero no había amigos comunes. Pero cuando yo me fui ya tenía veinte años. Tampoco se estableció una relación íntima.

-Y cuando ya era un joven pintor, ¿cómo fueron esos años de bohemia en Santiago?

-Yo no soy un bohemio. Yo he sido un solitario como pintor. Muy trabajador. He hecho más de mil óleos y doscientos grabados, de los cuales hay 160 colgados en la exposición... He estado continuamente trabajando, así es que la bohemia no ha existido en mí. Soy casero. Pero, ¿a qué llamas tú ser bohemio?

-Existe la idea de que los artistas, cuando son jóvenes sobre todo, están más abiertos a nuevas ideas, nuevas sensaciones, a una vida más desordenada...

-Eso se dio en la generación de pintores del 13. Sucede también en la generación de pintores jóvenes en Chile, pero son todos casados con niños... No

creo. Tienen la ambición de pintar distinto a nosotros los viejos, traer nuevas ideas y triunfar, pero no esa vida desordenada de alcohol y de farra.

-¿Usted nunca ha sido farrero?

-No, si yo soy ordenado. No le voy a decir que yo no he tomado nunca en mi vida, si he tomado y voy a fiestas, me animo mucho, bailo, pero de ahí a farra no. Desorden, no.

-¿Pero ha probado droga, por ejemplo?

-Sí, he fumado marihuana dos veces en mi vida, en mi casa. También probé LSD, aquí, con un doctor, en un hospital. Hicieron una lista de artistas porque querían ver el efecto del LSD en un pintor, un escultor, un músico, entonces yo fui uno de los conejos de indias. Otros amigos míos tomaron la misma dosis, con el doctor presente y vieron monstruos. Tuvieron que darles antídoto... En cambio yo era una especie de San Francisco de Asís. Era tan así que vinieron los doctores a las diez de la noche y se fueron... me encontraron tan feliz. Yo estaba en el jardín, le conversaba a las flores, estaban vivas, veía cómo se abrían... Había un árbol y como corría un poco de viento yo lo veía igual que el ciprés de Van Gogh; las ramas eran como circunvalaciones que van al cielo, era un árbol de llamas verde oscuro contra el cielo, era Van Gogh, no podía creerlo. Me tendí en el pasto y estaba extasiado. Después nunca más lo he hecho. Yo lo acepté por curiosidad, pero no necesito de la droga.

-¿Y cómo eran sus amores de juventud? Vi unas fotos tuyas y usted era bien buenmozo. ¿Tenía buena llegada con las mujeres?

-Yo era más bien fome, era feo, desabrido...

-¿Y cómo le gustaban las mujeres?

-Nunca me entusiasmaron las reinas. No despampanantes. Lo que me atrae es la fuerza interior.

OBSESION POR LAS CAMAS

-¿Por qué se hizo pintor?

-Yo lo descubrí, fue una pasión mía. Y eso lo transmití a mis hermanos. Les di un ejemplo. Me vieron pintor, haciendo pintura en mi casa y se produjo un despertar.

-¿Qué forma especial de mirar tiene un pintor?

-Desde luego tiene una forma diferente de ver las cosas. Yo voy a una manifestación en la calle por los derechos humanos, que son las manifestaciones a las que voy, y veo una pintura. Veo gente tirando panfletos, veo gases lacrimógenos que se van diluyendo hacia el lado, veo el cielo gris... veo un cuadro. El espectáculo.

-¿Nunca ha dudado de ser pintor?

-No. Nunca. Cuestiono el tipo de pintura que estoy haciendo en un momento, pero nunca he querido ser otra cosa que pintor. Como para decir 'qué lástima que no fui arquitecto, voy a hablar con un amigo a ver si me deja trabajar con él...' No, eso no se me pasa



Marcelo Agosti

pintura es un retrato mío, de mi espíritu.

—Hace poco estuvo en Chile su hermano Enrique Zañartu, que vive desde hace años en París. ¿Cómo es su relación con él?

—Me gustó mucho su exposición. Mi hermano es un pintor muy profundo. Tiene una imagen que la cultiva a fondo. A mí me gusta mucho que él sea pintor. Me encantaría poder trabajar con él, que tuviera un taller acá al lado, hablar largo, pero no se ha producido.

BAILANDO TANGO

Es un viajero eterno este Nemesio. Ha vivido fuera de Chile por muchos años. Doce años en Nueva York, tres en París, cuatro en Londres, seis en Barcelona, dos en Roma. Ha realizado exposiciones en todas las capitales de América Latina. “Yo viajo igual que los futbolistas, a trabajar. Viajo a exponer o a pintar”.

—¿Qué es lo primero que visita cuando llega a una ciudad por primera vez?

—Neruda me enseñó a viajar. Decía que para conocer un pueblo, su idiosincrasia, había que ir al mercado. Ahí ves lo que comen, sus coloridos, cómo son.

—Y en el mercado central, ¿qué rasgos de nuestra idiosincrasia percibe?

—Nuestros coloridos son más temperados... la gente es simpática. Siempre hay un guatoncito que a uno lo atiende, le dice caserito. La gente es amable, cordial. Eso llama la atención.

—Vamos al terreno de la ficción. Sus cuadros de parejas bailando tango son famosos. ¿A qué personas de la vida nacional pintaría usted bailando tango?

—Bueno, tendrían que ser personas adecuadas para bailar tango. Al general Pinochet no se me ocurriría. A Ricardo Lagos podría ser.

—¿Con quién?

—Con la actriz Marés González.

—Uno de sus cuadros más impactantes es *La Moneda ardiendo* (que está sobre la chimenea de la casa de Gabriel Valdés). ¿Volvería a pintar el palacio de La Moneda?

—Cuando supe del golpe militar me fui al Museo de Bellas Artes. Me subí arriba del techo, habíamos sólo dos personas. Y desde ahí vi cómo bombardeaban La Moneda. Fue muy impactante. Porque ese edificio representaba para mí la República. Era un símbolo. Sentí la necesidad de pintar lo que había visto. En ese momento no me di cuenta, pero fue una imagen que necesité pintar para sacármela de adentro.

—¿Volvería a ser director del Museo de Bellas Artes?

—No. Los años que me quedan quiero dedicarlos a la pintura.

—¿Qué es lo mejor que le ha pasado?

—Ser pintor.

—¿Y lo peor?

—(Piensa mucho). Todavía no me ha pasado. ■

“Yo era más bien fome, era feo, desabrido... Nunca me entusiasmaron las reinas. Lo que me atrae de las mujeres es la fuerza interior”.

por la mente. Yo elegí esto y es mi pasión, es como un sacerdote.

—Como pintor usted es bastante obsesivo. Pinta camas, tangos, volantines. Hábleme un poco de sus fantasmas.

—No son fantasmas, son amores, formas de expresarse, vehículos para comunicarme con la gente. Desde luego, todo lo que pinto me gusta. Me gusta dormir, bailar, los paisajes que pinto, los volantines... No son obsesiones,

no son fantasmas que se me vienen encima. Son cosas que me interesan y que comunico. Las voy retomando a lo largo de mi vida. Son como amigos que van conmigo. Les doy distintas formas, los retomo. Son casi como mi firma, las llevo dentro de mí, me he apoderado de ellas. Por ejemplo, un día vi una cama y me di cuenta de su importancia. Uno se pasa un tercio de su vida allí. Se nace, se muere, se ama, se refugia uno de la hostilidad

del medio. Es una cosa deliciosa su tibieza. Mi camastro es horrible, pero no se puede vivir sin él.

—¿Qué siente cuando vende un cuadro?

—Siento pena. Es perderlos, como cortar el cordón umbilical. Ya no lo veo nunca más, a menos que lo compre un amigo. Es parte de uno mismo, de tu alma, de tu espíritu, entonces que te den monedas por eso... Hay que hacerlo, yo vivo de eso. Pero es triste. Cada